

Para el día 28, y patrocinada por la Cámara Sindical Agraria, está prevista en La Coruña una manifestación en favor de las celulosas. Victoria Armesto hace el siguiente comentario:

Considero muy injusto decir, como lo hacen abiertamente nuestros oponentes, que en nombre de una Galicia idílica, recatada y feudal no estamos oponiendo a su industrialización. Injusto también es decir que pretendemos perpetuar el «status» emigratorio del hombre gallego.

No sólo no somos contrarios a la industrialización de la región gallega, sino que la consideramos urgente y necesaria y, por lo que se refiere a la emigración, es un fenómeno que nos aflige y nos duele tanto como al que más.

Sin embargo, quiero puntualizar que la emigración es un fenómeno propio de pueblos pobres pero libres. Los pueblos esclavizados —y la voz de un profeta acaba de recordarlo— no pueden emigrar; es más, no pueden ni siquiera desplazarse en busca de mejores destinos dentro del propio país, donde para moverse es necesario un permiso o guía como en las épocas negras de España necesitaban permiso o guía los que querían mover patatas.

Repito que la emigración es un derecho de pueblo libre y como tal debe ser respetado.

Deseamos una Galicia industrializada pero, dado que vamos rezagados y podemos aprender de la experiencia ajena, deseamos una industrialización racional e inteligente, planificada y moral.

No queremos que la industrialización se desarrolle al servicio de unas minorías y de espaldas a los intereses populares. No queremos tampoco que se desarrolle a expensas de la moral regional y destruyendo de un modo alocado la ecología. No se trata de que Galicia tenga que oler a rosa; se trata de defender el derecho a respirar sin contraer esa enfermedad que los japoneses han bautizado como «mal de Minamata», la misma que hacía temblar a los desdichados mineros de Almadén.

La industrialización gallega no puede tener un carácter de obra indiscriminada y atentatoria de intereses vitales. ¿Y qué norma relacionada con el

CELULOSAS, NON

bien común justifica la posterior aniquilación de unas rías generadoras de vida y de abundancia y que acuerda la ruina laboral de miles de familias que viven del mar?

Se entiende que a la hora de planificar una industria sus promotores hagan números y mediten, como las compañías de pasta de papel, si van a ganar veinte, o cuarenta o cuatrocientos millones por año y si el enorme capital invertido se amortizará en tantos o cuantos años. Todo ello es lógico y ellos obran de acuerdo con sus principios. Pero también es lógico, y también está de acuerdo con los nuestros, que a nosotros nos preocupe en primer término la suerte del pueblo labrador y del pueblo pescador en cuyo seno se va a levantar la nociva industria.

Si creyera que la proyectada celulosa de Cospindo, en Ponteceso, iba a reportar beneficios al pueblo bergantiñán, bien pronto me uniría a la manifestación convocada en La Coruña; pero desgraciadamente no es este el caso.

Antes, al parecer, aciertan los biólogos, muchos de los cuales pronostican que, aniquilada por la celulosa en funcionamiento, morirá en pocos años la vida en la ría de Pontevedra. Y ahora no estamos amenazados por una sola celulosa sino por tres, las proyectadas en Ponteceso, Negreira y Ponteceso que bien podrían acabar con las rías de Arosa, Noya y Corme-Laxe.

Cuando se le permite expresarse libremente rara vez se equivoca el subconsciente colectivo de un pueblo. En contra de las celulosas se revela el pueblo de Bergantiños. La manifestación reciente (el último domingo de febrero), que era por cierto la primera pacífica autorizada en Galicia, reunió en Ponteceso al grito de «Celu-

losa, non», a más de diez mil manifestantes. Han manifestado igualmente su repulsa los alcaldes de Carballo, Laracha, Coristanco, Malpica, Cabana, Laxe... los patrones mayores de las Cofradías de Pescadores de Camariñas, Camelle, Corme, Laxe, Malpica y Muixia; los presidentes de las Cooperativas del Campo de Cospindo, Ponteceso, Barizo, La Piolla, Coristanco, Laracha... la protesta ha unido a los labradores y campesinos de la generosa tierra de Bergantiños, la cantada por el poeta Pondal; se han unido también los párrocos de la comarca, la Universidad de Santiago de Compostela, los principales biólogos de la región gallega, la Sociedad de Defensa Ecológica de Galicia, la sociedad Ornitológica gallega, el Colegio de Arquitectos de Galicia, la Real Academia de Galicia y, por último, los líderes políticos de grupos opositores.

Al politizarse el problema se hizo más compejo.

Así hoy de parte de la celulosa se encuentran muchas de las fuerzas que apoyaron al «ancien regimen» y frente a dichas fábricas milita casi únicamente toda la oposición.

Quizá perjudique, para un planteamiento sereno de la cuestión, el hecho de que los que más gritan sean los más radicales. Conviene empero puntualizar las cosas; el hecho de que nosotros tengamos un objetivo y ellos —los radicales— tengan otro muy distinto, no quiere decir que no podamos coincidir en algunos extremos como en este caso de las celulosas, y por otra parte no son ellos los que han iniciado la protesta sino que partió de los biólogos y de los técnicos quienes manifestaron su opinión de una manera objetiva y apolítica y, como muy bien ha precisado don Domingo Quiroga, no siguiendo las consignas de Moscú o de Pekín sino aquellas que, para el bienestar de los pueblos, han dictado a través de sus Agencias las Naciones Unidas.

Los radicales no han iniciado la protesta, su posición recuerda a la del hombre parado que ve pasar a un grupo de atletas y que a su vez se echa a correr con tal fuerza que bien pronto se pone al frente dando la impresión errónea de que ha estado en movimiento desde el principio de la carrera.

Los técnicos se oponen a la instalación de las celulosas aduciendo que son industrias altamente contaminantes que producen a la vez la contaminación del aire a través del azufre maloliente y la más temible contaminación marítima debido a que las fibras de celulosa están unidas entre sí por una substancia altamente nociva y la carga contaminante arrojada durante las operaciones de descorte produce la toxicidad de las aguas.

Además de ser altamente nocivas estas industrias generan muy escasos puestos de trabajo, para la de Ponteceso está prevista una plantilla de 290, con lo que muy poco se remediaría la emigración bergantiña; pero además entre esta escasa cifra parece que se cuentan también los técnicos venidos de fuera.

Aducen los partidarios de dichas fábricas que serían las

VICTORIA ARMESTO

promotoras de un proceso industrial que luego abarcaría a otras industrias derivadas del papel, pero no tenemos mucha confianza en que sea así; antes tememos que nos quedemos en la primera fase del proceso.

En último extremo, lo que está en juego no es sólo el problema de las celulosas sino la forma en que debe ser planificado el desarrollo de la región gallega a la que hoy amenazan toda clase de males en forma de otras industrias no menos contaminantes y nocivas. «Galicia non é un basurreiro», decían los manifestantes de Bergantiños en la marcha pacífica.

Según acaba de contarme Manuel Murillo Carrasco, abogado coruñés y miembro de la Comisión Ejecutiva del PSOE, sector histórico, no hace mucho que una compañía extranjera tenía ya apalabrada y casi comprada una propiedad agrícola en la misma tierra de Bergantiños a fin de enterrar en ella peligrosos restos radiactivos que ahora los alemanes no permiten que se entierren en unas minas del Rin ni tampoco los pueden ya arrojar al mar como hacían antes.

Pensaron entonces en mandarlos a Galicia.

Es obvio que no podemos aceptar tan peligrosas cargas y que nuestra futura industrialización ha de estar planada con rigor y con moral. El profesor Bermejo ha señalado que mejor que construir seis celulosas contaminantes que produzcan entre todas seiscientos mil

toneladas de pasta al año, podría construirse una sola celulosa que empleada en lugar adecuado de la región y dotada de las necesarias garantías, produzca ella sola la misma cantidad. Esta propuesta parece muy razonable.

Como liberales admitidos los argumentos contrarios pero lo que no admitimos es la facciosidad de los mismos. No parece tampoco digno por parte de la Cámara Sindical Agraria de La Coruña convocar a la manifestación utilizando frases de Alfonso Rodríguez Castelao.

Es justo denunciar que el nombre del gran artista y político gallego está siendo sometido a una constante y repugnante manipulación. Hasta ahora venía de parte de los radicales, que gustan utilizarlo cual banderín de enganche; ahora imitan también su ejemplo las fuerzas del conservadurismo. No, esto no es serio ni decente. Castelao ha sido uno de los más ilustres gallegos contemporáneos pero, como todo hombre, estaba también sujeto a errores. No era infalible como es el Papa cuando, asistido por el Espíritu Santo, habla «ex cátedra». Es seguro que cuando Castelao escribía acerca de las fábricas de pasta de papel no estaba imaginando algo tan horrible como la de Pontevedra. Antes, a los terrenos que rodean dicha fábrica, se les llamó Placeres; ahora habrá que rebautizarlos «Dolores».

Solo me resta pedir que si la manifestación coruñesa a favor de las celulosas se realiza, le sea permitido desarrollarse de un modo pacífico pues nuestra primera obligación es respetar el derecho a opinar del contrario. Nos queda la obligación de solicitar a la vez permiso a la autoridad a fin de organizar una manifestación en contra, lo que permitiría ver con quien está el pueblo, si con nosotros o con ellos.

Declaraciones del general Díez Alegría

«Soy partidario de unificar los tres Ministerios Militares»

Dice que su cese en el Alto Estado Mayor no tuvo nada que ver con el viaje a Bucarest

MADRID 26.— «Soy absolutamente partidario de unificar los tres ministerios militares pero pasando por una fase intermedia de adaptación» declara el teniente general Manuel Díez Alegría embajador de España en Egipto en una entrevista que hoy publica el diario «ABC».

Sobre la unificación de los Tres Ejércitos el teniente general dice: «Es una experiencia arriesgada pero interesantísima. Estoy pensando en Canadá, allí lo han llevado a cabo y a la joven oficialidad le gusta».

«El ministro conde de Motrico me dijo un día que le gustaría emplear mis servicios en el campo de la diplomacia y me habló de Egipto. En un punto neurálgico en la zona mediterránea un centro de presencia muy interesante para captar el «ambiente» de aquella región, de gran importan-

cia en la estrategia de la paz y de notable entidad para el servicio de España. Por todo ello, acepté servir allí».

El teniente general Díez Alegría, que se declara militar y no político, afirma que realizó su viaje a Bucarest con las aquiescencias necesarias y que su cese como jefe del Alto Estado Mayor no tuvo nada que ver con ese viaje. «Mis relaciones con el general Franco tuvieron el mismo tono antes que después de aquel viaje».

Tras declarar que su adhesión a la monarquía española es leal y afectiva afirma que aceptaría un puesto en el Gobierno si consideraba que ello fuera conveniente para el país.

Finalmente, al compararse con el general Spínola, Díez Alegría declara: «No le conozco personalmente, pero creo que no puede haber entre los dos demasiados puntos de semejanza». — (CIFRA).

